

# Anhelo de abundancia y competencia paterna

---

**José María Randle**

*Universidad Austral, Argentina*

---

### RESUMEN

La función paterna está signada por el anhelo de abundancia, para sí y para sus hijos, pero de no orientarlo hacia el don, puede ser el principio de un modelo educativo defectuoso. Las competencias paternas serán la clave, que ayudarán a reconducir a todo padre en la búsqueda de la felicidad filial y satisfacción personal. En este trabajo nos proponemos, en primer lugar, delimitar la importancia de la felicidad de plenitud y el anhelo de abundancia; en segundo lugar, describir el contexto cultural en el que los padres deben ejercer su paternidad; y, en tercer lugar, revalorizar la misión de todo padre de ser don y testimonio para con sus hijos, dando significatividad a la función paterna, descubriendo su intimidad y practicando la virtud, causas de la satisfacción del anhelo de abundancia paterno.

### **PALABRAS CLAVE:**

*Gender roles, gender equality, fatherhood policies, family health, family wellbeing*

# 1. Anhelos de Abundancia

## 1.1. Delimitación: felicidad hedónica y de plenitud

Gregory K. Popcak, psicoterapeuta y autor norteamericano, sostiene que todos los hombres poseen siete anhelos en el corazón. Siete deseos que nos conducen a una vida plena. Que no son más que profundas ansias, ocultas, pero ineludibles ansias de *abundancia* – anhelo de lograr una vida plena-; de *dignidad* – anhelo de valer algo y ser amado-; de *justicia* – anhelo a restaurar el recto orden de las cosas, afectos y relaciones-; de *paz* – anhelo de sintonía con la misión personal-; de *confianza* – deseo de estar seguro de uno mismo y con lo que tenemos-; de bienestar – deseo de integridad mental, física y espiritual-; y de *comunidad* – deseo de un vínculo íntimo, de conocer y ser conocido-; que nos conducen hacia la libertad y la plenitud. Es decir, son bienes, a los que tiende poderosamente todo ser humano, y que intentará satisfacer, muchas veces acertando y otras tantas quizás no.

En esta ocasión nos centraremos en el anhelo de abundancia, ese don innato de lograr una vida plena, llena de sentido y provechosa en la búsqueda del bien.

De aquí, que nuestros principales objetivos en este trabajo serán, en primer lugar, delimitar la importancia de la felicidad de plenitud y el anhelo de abundancia; en segundo lugar, describir el contexto cultural en el que los padres deben ejercer su paternidad, y, en tercer lugar, revalorizar la misión de todo padre de ser don y testimonio para con sus hijos, dando significatividad a la función paterna, descubriendo su intimidad y practicando la virtud.

El querer un bien no tiene necesidad de “justificación extrínseca”, por el contrario, es necesario justificar el no querer un bien (Cafarra, 1992). El bien mayor al que anhelan todos los hombres, de modo consciente o no, es la felicidad. Y en esta búsqueda no necesitamos justificar la razón, puesto que es connatural al hombre buscar su bien, que en esta vida y en la eterna, se llama Felicidad.

Sin embargo, en esta carrera por la felicidad, a veces damos tumbos en la oscuridad persiguiendo imposibles (Popcak, 2016). Incluso equivocamos nuestras elecciones y luego culpamos a la felicidad por ser esquiva a nuestros deseos. Pero en cuanto acertamos el camino, la dicha es plena. Es así, que todos queremos colmar nuestro anhelo de abundancia, que no es otra cosa que nuestro profundo anhelo, innato, de felicidad. ¿Pero por qué nos resulta difícil alcanzarla si es que es nuestro destino?

La psicología nos enseña que existen dos clases de felicidad: la felicidad hedónica -dominada por el placer- y la felicidad de plenitud -dominada por el significado- (Ryan, 2001). La felicidad dominada por el placer procede de la búsqueda del goce y de la evitación de situaciones que provoquen sacrificio o distrés. La felicidad de plenitud -conocida también como “eudamónica”- es la dicha que deriva de vivir bien y que colma el alma (Seligman, 2002). La investigación demuestra que, aunque ambas produzcan placer, la felicidad hedónica es más fugaz, efímera e inestable, mientras que la felicidad de plenitud es constante, consistente y capaz de provocar una profunda dicha interior, a pesar de las circunstancias (Seligman, 2002).

Es más, según los estudios realizados por Mark Wheeler, del Centro de Psiconeuroinmunología de UCLA Cousins, los genes se expresan de modo diverso, según se busque uno de los dos tipos de felicidad. En este sentido, aquellos que buscan una felicidad basada en el placer, presentan una elevada respuesta inflamatoria, así como una baja respuesta de los anticuerpos y antivirales. Por el contrario, aquellos que persiguen una felicidad basada en la plenitud, presentan una respuesta génica consistente, con baja respuesta inflamatoria y una alta producción de anticuerpos y antivirales (Wheeler, 2013).

---

La función paterna está signada por el anhelo de abundancia, para sí y para sus hijos, pero de no orientarlo hacia el don, puede ser el principio de un modelo educativo defectuoso

## 1.2. La abundancia y sus tres cualidades: significatividad, intimidad y virtud

Como observamos, para satisfacer el anhelo de abundancia de toda persona humana, es decir la búsqueda de la felicidad, satisfaciendo este anhelo de plenitud, universal, programado e impreso en nuestra carne, se debe vivir bien, es decir, buscar una felicidad de sentido, de plenitud.

Ahora bien, ¿cómo se vive bien? ¿Cómo se tiene una existencia llena de sentido? Las investigaciones demuestran que la abundancia es determinada por la búsqueda de tres cualidades: significatividad, intimidad y virtud.

Cuando empleamos nuestros dones, talentos, habilidades y cualidades de modo enriquecedor para nosotros, pero al mismo tiempo, para los demás, aportamos *significatividad* a nuestras vidas. Esta podemos buscarla en acciones elevadas, como el ejercicio de nuestra paternidad, de nuestra profesión, o algún tipo de voluntariado. Pero también, haciendo de modo creativo y seriamente todas las actividades de nuestro día.

“Vivir significativamente es algo parecido a lo que Juan Pablo II llama “autodonación”, una generosidad heroica que nos lleva a preguntarnos cómo puedo emplear todo lo que tengo -no sólo mis dones y talentos, sino también mi cuerpo- para hacer mejor o más feliz la vida de los demás” (Popcak, 2016). Tal es así, que vivir una vida significativa contribuye a nuestro “sentimiento de abundancia”, haciendo que sienta -y lo constate- que verdaderamente importo, que valgo. Que tenemos en nosotros lo que hace falta a la vida de los demás, que *nuestra sola presencia es un don*.

En segundo lugar, la *intimidad*, que se refiere a la capacidad de buscar relaciones verdaderamente humanas, profundas, estrechas, solidarias. La intimidad es la unidad de medida del amor. A mayor intimidad, mayor amor. Es por esto que aquellas personas que buscan la intimidad procuran interrelacionarse con los demás, con el otro, de modo personal. De tal modo que les permita “*experimentar las relaciones como un don*”. Es así que, aquellos que buscan intimidad dan prioridad a la comunión y no solo a una relación, estableciendo vínculos profundos y de por vida. Esto implica de suyo: reconocer la dignidad propia y del otro, como así también la capacidad de responsabilizarse del otro y de sortear el temor de darse a otra persona, sin esperar nada a cambio.

La intimidad contribuye al “sentimiento de abundancia” cuando nos convierte en miembros de una comunidad de amor, donde somos amados por ser, y donde nuestro yo relacional pueda expresarse.

En tercer lugar, la *virtud*, se refiere a la capacidad de aceptar lo que nos pueda suceder, transformándolo en mejora personal, a buscar y defender aquello que amamos y creemos, es decir, influir en nuestro ambiente. La virtud es la cualidad estable que nos permite ser mejores, más perfectos, asumiendo los desafíos y superando los aparentes fracasos. Es lo que hace que podamos conocer-nos, dominar-nos y donar-nos.

La virtud, contribuye a nuestro “sentimiento de abundancia” haciéndonos ver que ninguna adversidad o fracaso, debe ser tomada como tal, sino como una oportunidad para vencerse a uno mismo, para superarse, para descubrir cómo vivir una vida plena y rica, *enraizada en la posibilidad del don*.

---

La abundancia está determinada por la búsqueda de tres cualidades: significatividad, intimidad y virtud

### 1.3. La abundancia a través de la comunidad

Tanto la significatividad, la intimidad y la virtud nos ayudan a lograr el anhelo de abundancia en cuanto que *se sustentan en el don*. La presencia como don, las relaciones como don y la posibilidad del don personal. Y es que nuestra capacidad de relacionarnos con los demás, al ser auténticamente seres comunitarios, nos permite ser verdaderamente humanos. Fomentar la *significatividad* en nuestras vidas “posibilita esa relación moviéndonos a emplear nuestros talentos en bien de los demás” (Popcak, 2016). La *intimidad* acentúa la posibilidad de generar vínculos significativos que nos permitan llegar a ser y hacer que otros puedan hacerlo también. Y la *virtud* nos abre a la alteridad, nos enseña a dar y a recibir, siendo inspiración creativa para los demás.

La felicidad que anhelamos en lo más profundo, esa felicidad auténtica e impresa en cada uno, procede de vivir una vida más abundante.

### 1.4. Soberbia y Humildad

No obstante, siendo conscientes que la felicidad que anhela nuestro corazón se halla en la abundancia del don, confundimos, muchas veces, nuestros caminos, encerrándonos en un laberinto de cerrazón voluntario, frustrando toda abundancia. Dando protagonismo al principal enemigo de la abundancia: la soberbia.

La soberbia “nos empuja a acaparar nuestros talentos y a intentar encontrar nuestro propio camino hacia la abundancia” (Popcak, 2016). Nos lleva a confiar en nuestro poder, perdiendo todo significado. La soberbia nos dice que no necesitamos de los demás, careciendo de intimidad. La soberbia nos dice que no tenemos que aprender nada en la vida y que no hace falta ni la superación, ni el don personal, abandonando todo desarrollo de virtud. La soberbia nos susurra que, si compartimos nuestros talentos, formando comunidades, perdemos nuestro protagonismo; apagando así, la multiplicación de los dones, corrompiendo nuestra naturaleza radicalmente comunitaria. Así, en vez de vivir y lanzarnos a una vida de abundancia, que es una promesa, desconocida quizás en el presente, nos vemos obligados a conformarnos con menos, siendo, aparentemente, “lo más seguro”. En lugar de proponernos ver en los demás a personas con derecho a ser amadas y de las que podemos aprender a realizarnos, nos inclinamos a verlos como objetos inferiores que solo tienen valor en la medida que satisfagan nuestro placer.

Al no vivir el don, pretendiendo ser los únicos beneficiarios de los talentos, terminamos encerrándonos, frustrando nuestros intentos de autosatisfacción en vano, apartándonos de los demás, sin dejar de escuchar el grito, cada vez más fuerte, de nuestro anhelo de abundancia.

Por el contrario, como antídoto y arma más poderosa contra la soberbia, brújula en el camino a la abundancia, aparece la virtud de la humildad, que como la definía Lewis “no es pensar menos de ti, sino pensar menos en ti”. Estrictamente la humildad es el hábito de vivir en la verdad. Vivir en la verdad es reconocer nuestra propia condición de criaturas (humildad metafísica) y nuestros defectos personales y debilidades naturales (humildad espiritual). También significa reconocer la dignidad y la grandeza propias (humildad ontológica) y nuestros talentos y virtudes (humildad psicológica). Finalmente, también es reconocer la dignidad y grandeza de los demás (humildad fraterna). Como vemos, la humildad, es fruto del conocimiento de Dios, de uno mismo y de los otros (Havard (a), 2019).

---

Tanto la significatividad, la intimidad y la virtud nos ayudan a lograr el anhelo de abundancia en cuanto que se sustentan en el don

Este último aspecto de la humildad -humildad fraterna- es quizás, el más importante o, mejor dicho, la cima de la humildad, el que hace que de fruto ese “humus” personal (de humus deriva humildad). Y es que la humildad fraterna es el hábito de servir, o como expresa Havard “la ambición de servir”. Y no es solamente servir a los demás: exige también aceptar con alegría que los otros existen para servirnos, y que tienen algo que ofrecernos, algo íntimo y personal. En una palabra, humildad es don.

Es así como, la humildad facilita la *significatividad* al hacernos desear entregarnos por los demás, a través de nuestros dones y talentos. Es decir, compartir lo recibido con el otro. La humildad también facilita la *intimidación*, poniendo al otro en un lugar de importancia para nosotros. Es potenciar la actitud del hombre hacia el hombre. Por último, la humildad facilita la virtud, pues “un corazón humilde es el punto de partida de toda virtud” (Havard, 2010), ya que nos permite lograr una mayor integración personal, volviéndonos “útiles” a nuestra misión comunitaria.

---

La humildad fraterna es el hábito de servir

## 2. Semiología de la función paterna

Ahora bien, pareciera que en el mundo que nos toca vivir, buscar la plenitud, satisfacer el anhelo de abundancia, fuera más difícil que en otros tiempos. En un mundo o sociedad marcada por una superficialidad manifiesta, por una liquidez en los compromisos y relaciones, por un individualismo insolidario y una responsabilidad compartida y diluida en la masificación<sup>1</sup>, buscar una felicidad eudamónica, pareciera estar fuera de moda. Y el ser padre, que implica una donación personal y un compromiso de por vida con la vida del hijo, también.

Esto puede ser, y sólo como causa próxima, a que vivimos en el mundo y sin quererlo -incluso sin notarlo- sufrimos la influencia del entorno y el condicionamiento cultural en nuestras conductas. Como expresara Iraburu, “la necesidad de afiliación social, está en la raíz de todo. El deseo de agradar, de coincidir, de recibir aprobación social, el miedo a disentir de los otros, el temor a sufrir reprobación y a quedarse solo, condiciona enormemente el pensamiento y la conducta de la persona” (Iraburu, 1998). Tal es así, que el mundo llega a imprimir normas mentales y conductuales desde la infancia hasta la muerte, indicándonos qué se espera de nosotros, qué expectativas se tiene sobre cada uno, imprimiendo un amplio y complejo cuadro de necesidades. Esto ocurre de modo casi inconsciente, llegando en muchos casos a apocar la acción libre de las personas.

En el cuadro de necesidades o condicionamientos propuestos a los hombres en general y los padres en particular, podrían destacarse los siguientes, que, por estar relacionados a un modelo de felicidad hedónica, los indicaremos a continuación.

En esta ocasión pondremos el foco en seis factores condicionantes de la competencia paterna<sup>2</sup>:

### 2.1. Neurosis del éxito

Muchos tendemos, influidos por el cuadro de necesidades impuesto, a confundir éxito y eficiencia. Comprendiendo que uno no llega a ser un buen profesional, o un buen hombre, si no triunfa, tal como se entiende triunfo hoy, a los ojos de los demás (de modo icónico y no ontológico). En el origen de esta

<sup>1</sup> Cuatro características de nuestra cultura, llamadas por nosotros en reiteradas ocasiones como Contracultura SLIM (superficial, líquida, individualista y masificada). Véase las ponencias de Educar inteligentemente, hacia una pedagogía SMART y Enemigos invisibles del matrimonio y la familia, del mismo autor de este trabajo.

<sup>2</sup> Éstos seis factores condicionantes surgen de nuestro análisis fenomenológico de la realidad, sustentados en la práctica profesional personal de la Orientación Matrimonial y Familiar.

concepción existe el germen de toda persona a la autorrealización, que es un derecho y una responsabilidad. Es un derecho-deber, al que no puedo renunciar. Si quiero ser feliz, debo autorrealizarme. Ahora bien, en este proceso podemos confundir, o dar prioridad a valores contrarios a nuestra condición de personas, provocando una frustración en la autorrealización, por ejemplo, cuando se rompe el equilibrio entre el contexto familiar y el profesional. Llegando en muchos casos, como dice Polaino Lorente, a tener un yo profesional gigante y un yo familiar enano. Esta ruptura del equilibrio de valores puede conducirnos incluso a una neurosis del éxito, configurado por un acelerado ritmo autoimpuesto por la autoexigencia de coronar el éxito profesional, deslizándose a una auto-admiración, que en muchos casos dificulta el don.

“Por encima de todos los éxitos profesionales, la plenitud de la vida consiste en la conquista de la felicidad” (Polaino Lorente, 2010). Y la felicidad personal depende, en gran medida, de la felicidad familiar, de la calidad de los vínculos interpersonales.

En todo caso, no estamos denostando el trabajo, al contrario, este es un medio para la autorrealización, pero no el único, ni el más importante. “El hombre se neurotiza cuando se disloca su jerarquía de valores, cuando antepone –siempre y de forma exclusiva– el éxito y la eficacia profesional al éxito y eficacia familiares: cuando le importa más parecer que ser” (Polaino Lorente, 2010).

## 2.2. Confusión entre adquisición con crecimiento

Como segundo factor condicionante encontramos la confusión entre adquisición y crecimiento. Muchas veces tenemos la sensación de que hemos crecido, que hemos avanzado en la vida, utilizando la unidad de medida de la adquisición de bienes materiales o aumento del patrimonio personal. Atención, no estamos en contra de ningún patrimonio, estamos en contra de la confusión que esto puede traer aparejado cuando se piensa, hasta incluso se jacta, de haber crecido personalmente, en un solo ámbito personal, como el material, olvidando que el crecimiento personal debería ser de modo integrado e integral.

Y es que, sin dudas, el cuadro de necesidades impuesto por los medios de comunicación, piensa solamente en su beneficio comercial. Como dice Trevor Silvester “las empresas, al usar nuestros egos jóvenes y frágiles en busca de mayores beneficios, pueden ocasionar un gran daño a nuestra autoestima y convertirnos en personas que sacrificamos nuestra propia felicidad en una búsqueda interminable del estatus.” (Silvester, 2018). De este modo se “determina” un modo de felicidad que no se relaciona con el servicio, con la entrega, con el sacrificio amoroso, sino con una felicidad asociada al placer. Es por esto que ser padre hoy signifique aún mayor esfuerzo.

## 2.3. Exigencia de sentirse amados por sus hijos

“Esta exigencia es inédita e invierte la dinámica del reconocimiento: ya no son los hijos los que piden ser reconocidos por los padres, sino que son los padres los que piden ser reconocidos por sus hijos. De este modo, la disimetría generacional es invertida” (Recalcati, 2011). Al mismo tiempo observamos que los padres viven en el temor de no ser reconocidos por sus hijos, viviendo una dinámica del don material y la reserva del don personal. En la mayoría de los casos es debido a que los padres no cuentan con las competencias emocionales para amar a sus hijos de modo pleno. Muchos de ellos han sufrido experiencias educativas defectuosas o disminuidas. Como describiera Polaino Lorente en las características de los hijos apátridas, están marcados por una abulia afectiva por desconocimiento y un egoísmo insolidario, que no les permite reconocer al hijo como destinatario de su amor (Polaino Lorente, 1995).

---

Habrá que desarrollar políticas y un sistema de protección para la población, apelando a la solidaridad, a la ética y a la responsabilidad de cada uno

## 2.4. Principio de rendimiento

El cuarto factor condicionante es el principio de rendimiento. “Los padres de hoy están aterrorizados por la posibilidad de que la imperfección pueda perturbar que su hijo aparezca como ideal. Es un nuevo mito de nuestra cultura: darle todo a los hijos para poder ser amados; cultivar su ser como capaz de rendimientos para evitar la experiencia del fracaso. De ello se sigue que nuestros jóvenes ya no soportan la derrota porque quienes no la soportan son, en primer lugar, sus padres” (Recalcati, 2011). Padres que quieren que sus hijos sean excelentes académicamente, pero sin estudiar, sin sufrir, sin fracasar. Esta realidad es puramente ficticia y genera una burbuja irreal, sumiendo al hijo a una fantasía de realización inalcanzable.

En este caso también nos aleja del don, de la significatividad de la vida, no solo de los hijos, sino principalmente de los padres.

## 2.5. Amnesia de testimonio ético

Lacan sostenía que “cualquier cosa” puede desempeñar la función paterna. Cualquier cosa, agregamos nosotros, que viva su filiación plenamente, que sea capaz de engendrar física y espiritualmente a sus hijos, que sepa donarse a los demás, que sepa ser testimonio ético para los suyos, que su comportamiento sea digno de seguir, de amar. Evidentemente, no cualquier cosa puede ser padre.

En este infantilismo e inmadurez afectiva, a la que asistimos muchas veces en penosas manifestaciones paternas, encontramos que existe un olvido, involuntario, de ser testimonio vivo para los hijos. Entendiendo que la educación no sólo es con la palabra, sino es ante todo testimonio. Testimonio de coherencia, de integración, de madurez, de consistencia y perseverancia. Pero, claro, ser testimonio implica significatividad, intimidad y virtud.

## 2.6. Temor al don

Por último, encontramos como sexto factor condicionante, el fervoroso temor a la donación. Que sin dudas se relaciona con todas las causas anteriores. Y es que estas actitudes dificultan la entrega personal, sin esperar nada a cambio, especialmente cuando se jerarquiza el éxito profesional, o la adquisición de bienes por sobre el crecimiento, etc. En esto podemos decir, como expresara un político argentino, asistimos a un “crecimiento negativo”, en este caso de la persona. Alejándola cada vez más de su posibilidad de plenitud, aunque dinámica, pero plenitud al fin.

# 3. La misión de todo padre: ser don y testimonio

## 3.1. Vocación y Misión

Todo ser humano tiene una misión y una vocación, sea o no consciente de ellas. La vocación “es una llamada a vivir, pensar y actuar de una manera concreta. Es el criterio por el cual medimos todas nuestras acciones, el principio que da unidad a nuestras vidas” (Havard (a), 2019). Mientras que la misión “es una llamada a hacer una cosa concreta” (Havard (b), 2019). Una vocación es siempre una llamada de Dios. La misión es “habitualmente fruto de consideraciones humanas” (Havard (b), 2019). La vocación

---

La educación no solo es con la palabra, sino es ante todo testimonio. Testimonio de coherencia, de integración, de madurez, de consistencia y perseverancia. Pero, claro, ser testimonio implica significatividad, intimidad y virtud

forma el marco, el contexto en el cual realizamos nuestra misión, siendo nuestra contribución específica y personal al bien común, familiar y social. “Las misiones mejoran a los individuos y a la sociedad, y refuerzan la identidad de grupo. Para ser eficaces deben incluir valores humanos positivos y estar bien articulada” (Havard, 2017)

Como expresara Alejandro Dumas, “todos los hombres nacen sin dientes, sin pelo y sin ideales, la mayoría de ellos mueren sin dientes, sin pelo y sin ideales”. Son muchos los que no se detienen a pensar cuál es su misión concreta en esta vida, dejando pasar la vida, cual arroyo frente a sus ojos, sin jamás intervenir en su curso. Y es que cumplir la misión exige ser humilde y magnánimo, siendo esto muchas veces un inconveniente. “Solo los grandes hombres son capaces de salir de los límites del yo, y no hallan descanso hasta que dicen sí a su vocación” (Havard, 2010).

- Pues “el sentido de la misión refleja qué idea del matrimonio, de la vida familiar tiene una persona. Algunos conciben la vida familiar como un medio eficaz de estar bien alimentado, de tener la ropa lavada y planchada, de defenderse contra la soledad y de ganar respetabilidad social. Sin embargo, los hombres grandes ven la vida familiar como una llamada a servir y a sacrificarse a favor de otro. La familia es una unidad de amor destinada a crecer. Si no crece, muere. No es un grupo de individuos que comparte una heladera.
- La familia es una misión. La misión de los padres de educar a los hijos para las responsabilidades de la vida adulta. No hay otro objetivo más importante que este. La conciencia de esta misteriosa y sagrada misión transforma a los padres en auténticos líderes, en hombres de grandeza”. (Havard, 2010, pág. 57)

Pero sabemos que es imposible educar a los hijos, y cumplir esta noble misión, sin esforzarse seriamente por ser buenos padres. Puesto que cualquier proceso humano de mejora comienza por uno mismo: procurando ser a fondo quienes estamos llamados a ser, en cada circunstancia. Exigiendo esto: madurez. Madurez en el juicio, siendo capaces de reconocer nuestras debilidades y fortalezas, pero sobre todo nuestra misión y obligaciones, obrando independientemente de los influjos culturales. Madurez emocional, cuando somos capaces de dominar nuestros impulsos naturales y encauzarlos hacia nuestra misión. Madurez de comportamiento, cuando nuestros pensamientos, juicios y sentimientos reflejan fielmente nuestras acciones. Comprendiendo que “la madurez es el corazón del liderazgo personal: solo una persona madura es capaz de dirigirse a sí misma hacia un destino libremente escogido, concebido como su misión personal” (Cfr. Cardona y García Lombardía). Esto sólo es posible desde la significatividad, la intimidad y la virtud; que nos darán la confianza, la coherencia, la estabilidad psicológica, la alegría, el optimismo, el sentido de libertad y de responsabilidad, y la paz interior.

Veamos, pues, desde la significatividad, la intimidad y la virtud paternas, la conformación de las competencias parentales para el desarrollo de la plenitud y la felicidad.

### 3.2. Significatividad paterna. Conocer los aportes que realiza un padre

El primer paso para la vida en abundancia es vivir *significativamente*. Esto se logra, como veíamos, cuando empleamos nuestros dones, talentos, habilidades y cualidades de modo enriquecedor para nosotros y para los demás. Pero claro, para poder vivirlos, primero debemos conocerlos. Veamos cuáles son esos dones y talentos propios que todo padre aporta a su hijo y lo hace ser único en el camino de la plenitud de su hijo, especialmente.

---

Cumplir la misión exige ser humilde y magnánimo



*Aportes biológicos, psicoafectivos y espirituales*

En el inicio de la vida, desde la concepción, el padre aporta los tejidos (trofoblasto) que serán sostén, como la membrana amniótica, formará su placenta (cara fetal) para sostenerlo en alimento y será factor de separación entre la madre y el hijo por medio de la placenta misma (Scucces, 2008). Estas mismas funciones, destinadas y programadas genéticamente, marcarán la función paterna en otras dimensiones, que quizá sin conocer, las lleva a cabo todo padre: sostener y asegurar, alimentar, y separar (Polaino Lorente, 1999).

La separación puede ser considerada en su realidad física o afectiva. La primera ya es patente desde la formación de la placenta y la membrana amniótica. La segunda deberá esperar hasta el nacimiento y quizá unos meses después de éste. El padre rompe esa díada madre-hijo abriendo camino a la socialización primaria del hijo (Burgos, 2003). Por otro lado, colabora con la madre en la ruptura de ese instinto de amor posesivo por los hijos.

Además, esta función de separación obrará de manera eficiente en la maduración e identificación de su propia sexualidad, separando al hijo de su madre y mostrando un mundo distinto hasta ese momento. De tal modo que, así como el padre aporta el sexo cromosómico, también colabora en la identidad sexual psicológica y de educación o social (Nicolosi et. al, 2005).

También es el padre el que transmite su identidad y su sentido de pertenencia, y aporta la cultura de una familia y de su nación (Fuentes, 2008). El padre es el que marca el camino a seguir en una familia, con su sacrificio realiza un acople de pertenencia espontáneo en aquel hijo que sepa vislumbrarlo. La madre transmite el cuidado por la vida, y el padre la identidad y el sentido de pertenencia, es decir, lo relacionado con los significados de la vida (Pessenti, 2003).

El pertenecer destinará a una cultura, ya sea de sacrificio (pertenencia de identidad que remite al principio de don paterno) o hedonista (pertenencia materna vinculada con la necesidad y el placer) (Pessenti, 2003).

El padre será también, quien, por medio de la autoridad, sea o provea la primordial función normativa en su familia, proveyendo las normas y leyes morales que regirán las conciencias de sus hijos y de los ciudadanos. Es el padre el que expone al hijo a los sacrificios diarios y le enseña a sacrificarse por causas justas y nobles, a hacerlo por amor (Bojorge, 2010). Haciéndolo, primeramente, con su ejemplo.

La presencia de la autoridad masculina en casa logra un desarrollado sentido de autocontrol o autodominio en los hijos, especialmente en los varones, esto es especialmente necesario durante la adolescencia (Sullerot, 2008) (Kindlon et al., 2000).

Otro de los aportes, por el propio y natural razonamiento del hombre, que deduce y encadena, distingue y argumenta (Charboneau, 1997), es que puede acercarse a un conocimiento más lógico de la verdad, fijándose en lo esencial, brindando mayor objetividad, logrando en el hijo un distingo entre lo real y lo imaginario.

El padre colabora en el conocimiento personal de su propio hijo y colabora en el sano desarrollo de su autoestima por medio de la valoración positiva de su persona. El paso inicial para esta maduración lo realiza el padre, contribuyendo al moldeamiento autoconstitutivo de la afectividad del hijo y, a su través, a la formación de su personalidad (Polaino Lorente, 1999).

La competencia social está asociada a la afirmación y autoestima personal. Si un niño es afirmado por su padre, poseerá la capacidad de sentirse seguro en su ambiente primario, la familia (Moore, 1997). De aquí, que aquellos que logren este equilibrio madurativo basado en su autoestima, podrán relacionarse interpersonalmente de manera sana y espontánea con el mundo que los rodea.

---

Estas mismas funciones, destinadas y programadas genéticamente, marcarán la función paterna en otras dimensiones, que quizá sin conocer, las lleva a cabo todo padre: sostener y asegurar, alimentar, y separar

Por último, es el padre quien ayuda en la educación en la fe (Fuentes, 2008). Las imágenes positivas y/o negativas de la experiencia paterna, pueden ser trasladadas a Dios, a través de la ley de transferencia de afectos (Kentenich, 1999). Muchos adolescentes y adultos rechazan a Dios por no lograr equilibrar o tratar el conflicto interno de su imagen paterna (Anatrella, 1999).

### 3.3. Intimidad paterna. Vivencia del don

La intimidad paterna se refiere a la capacidad de buscar relaciones verdaderamente humanas, profundas, estrechas, solidarias, es decir, se refiere a la vivencia del don. Vivencia del don en la filiación, en la esponsalidad, en la paternidad. Un padre, es un ser eminentemente donal, pero desde la plenitud, desde la abundancia.

Existen tres tipos de plenitud: la del vaso, que retiene y no da; la de la acequia, que da y no retiene; y la de la fuente, que crea, retiene y da. En lo que atañe a la paternidad, la plenitud apropiada es la Fontal.

- El padre tiene que ser fuente, autor, el que está en el origen, el presupuesto previo del futuro despliegue humano y biográfico de la vida de sus hijos.
- El padre debe ser fuente que crea; de ahí la necesidad de apelar a la imaginación y con ilusión pensar las cosas con la misma o mayor dedicación que cuando trabaja en su empresa.
- El padre debe ser fuente que retiene, porque él mismo realiza en sí los valores, que van a servir como modelo a imitar por sus hijos, suscitando en ellos, en la mayor parte de los casos, la admiración. Encarnar en sí mismo los valores en los que educa a sus hijos configura un tipo de enseñanza (por imitación) que, siendo natural, resulta muy apropiada y da lugar a eficaces aprendizajes. El padre tiene que retener valores y encarnarlos en sí mismo, porque eso es lo que hace de él una persona valiosa a los ojos de sus hijos.
- Y, por último, el padre tiene que dar y darse a sí mismo como la fuente. Sin dedicación, sin tiempo, sin convivir con los hijos, el padre es como la fuente que se ha secado. En esas circunstancias es lógico que las flores se agosten en la tierra calcinada y que se apague la voz cantarina y melodiosa del manantial. El padre tiene que crear, tiene que retener y tiene que dar.
- Eso solamente lo hace una fuente. Y esa fuente ayer, hoy y siempre, se llamará paternidad (Polaino Lorente, 1995, pág. 10)

### 3.4. Virtud paterna. Virtud y realización personal en función de la abundancia

La virtud capacita al hombre para desarrollarse de manera adecuada a su propia naturaleza, pues la virtud es lo máximo que el hombre puede ser por sí mismo.

“La experiencia demuestra que las personas que buscan a toda costa realizarse a sí mismas, pero tienen poco interés en la virtud, se hacen inconscientemente esclavas de la moda y de los estilos de vida dominantes. Solamente mediante la práctica de la virtud podemos realizarnos. Todo aquello que nos separa de la virtud nos aleja de nosotros mismos” (Havard, 2017)

Si bien sabemos que la virtud no produce la felicidad, sino profunda alegría, nos acerca a ella, pues nos asemeja a la Bondad, a la Verdad y a la Belleza, manifiesta en las personalidades maduras, dueñas de sí mismas, capaces de dar y darse. Es por esto por lo que un padre que quiera educar hijos felices- misión

---

La intimidad paterna se refiere a la capacidad de buscar relaciones verdaderamente humanas, profundas, estrechas, solidarias, es decir, se refiere a la vivencia del don. Vivencia del don en la filiación, en la esponsalidad, en la paternidad

de todo padre-, capaces de amarse y de amar, deberá procurar el desarrollo personal de ciertas virtudes fundamentales en ellos, a fin de que sus hijos puedan ver valores encarnados y no solo declamados, puedan vivenciar el gozo de vivir en la abundancia.

Las virtudes que un padre deberá adquirir para vivir la plenitud de la paternidad, que no serán sustituto de la competencia parental, antes bien, son una parte fundamental de esta, son las siguientes:

La prudencia, que ayudará a tomar buenas decisiones en la conducción y guía de sus hijos.

La justicia, dar a cada uno lo suyo y entrar en el corazón de los demás. Justicia en el tiempo para cada hijo, justicia en las palabras para cada uno, justicia en las correcciones y alientos, justicia en la presencia testimonial del padre, justicia en el amor paterno, justicia en la sinceridad para con uno mismo.

Dominio de sí, sujetando las pasiones al espíritu, dirigiéndolas a la misión de padre. Dominio en las palabras, en los pensamientos, en las acciones, que llevarán a la coherencia e identidad paterna, alegrándose de ser la persona que se es.

Fortaleza, mantener el rumbo, y resistir a cualquier tipo de presiones, no claudicando nunca en lo relativo a las propias convicciones. Superar el miedo a los conflictos; superar el miedo al sufrimiento; ser ejemplo de dedicación en el trabajo; soportar las molestias, aprendiendo a no quejarse; escoger lo peor, es decir renunciar; aprender a decir no a tiempo; no autocompadecerse de sí mismo ni de los hijos.

Magnanimidad, responder a la propia vocación, realizar la propia misión, fijar objetivos personales elevados para uno mismo y para los demás; trabajar en el proyecto de vida personal y familiar, dedicando tiempo a planear y evaluar la misión paterna.

Humildad, superar el propio ego y servir (en japonés servidor se dice samurai) a los demás de manera habitual, respetando la dignidad connatural de aquél al que sirve, y en particular la de aquellos que participan en la misión común.

La magnanimidad y la humildad son virtudes del corazón por excelencia. Confieren al padre que las posee una importante dosis de carisma. Constituyen la esencia del liderazgo paterno y el fundamento de toda autoridad, y predisponen, finalmente, al don.

Paternidad y don son dos palabras que significan lo mismo. Son dos palabras que puestas al servicio de los demás son la fuente de toda abundancia.

La competencia paterna, de significatividad, intimidad y virtud, garantizará la felicidad-anhelado de abundancia- en todo padre y en todo hijo. Esta es la misión y el propósito que deseamos que descubra y valore todo padre.

---

La magnanimidad y la humildad son virtudes del corazón por excelencia. Confieren al padre que las posee una importante dosis de carisma. Constituyen la esencia del liderazgo paterno y el fundamento de toda autoridad, y predisponen, finalmente, al don

## BIBLIOGRAFÍA

Anatrella, T. (1999). Las consecuencias psicológicas de la disfunción del sentido de la paternidad en la sociedad actual. . *Familia et Vita*, 2.

Bojorge, H. (2010). *¿Qué le pasó a nuestro amor?* Buenos Aires: Lumen.

Burgos, J. (2003). La ausencia del padre en nuestra sociedad. . *Abril* 69, 1.

Cafarra, C. (1992). *Etica generale della sessualità*. Milan: Ares.

Charboneau, E. (1997). *Noviazgo y felicidad*. Barcelona: Herder.

- Fuentes, M. (2008). *Crisis de Paternidad*. Mendoza: EDIVE.
- Givaudan, M.; Pick, S. . (2018). *Yo papá, yo mamá*. Alamah.
- Havard, A. (2019). *Creados para la grandeza*. Pamplona: EUNSA.
- Havard, A. (2019). *Del temperamento al carácter. Cómo convertirse en un líder virtuoso*. Pamplona: EUNSA.
- Havard, A. (2019). *Corazón libre. Sobre la educación de los sentimientos*. Pamplona: EUNSA.
- Havard, A. (2010). *Perfil del líder. Hacia un liderazgo virtuoso*. Madrid: Palabra.
- Havard, A. (2017). *Liderazgo Virtuoso*. Madrid: Palabra.
- Iraburu, J. (1998). *Evangelio y utopía*. Madrid: Gratis Date.
- Kentenich, J. (1999). *En las manos del Padre*. Santiago de Chile: Patris.
- Kindlon et al. (2000). *Raising Cain: protecting the emotional life of boys*. New York: Random House.
- Millet, E. (2015). *Hiperpaternidad*. Barcelona: Plataforma .
- Moore, S. (1997). *El Papel de los Padres en el Desarrollo de la Competencia Social*, . Illinois.: University of Illinois .
- Nicolosi et. al. (2005). *Una guía para padres sobre cómo prevenir la homosexualidad*. Los Ángeles: Libro Digital.
- Pessenti, L. (2003). El padre: el gran ausente. *Abril* 69, 4.
- Polaino Lorente. (1995). *El padre ¿Farol de la empresa, oscuridad de la casa?* Madrid: Istmo.
- Polaino Lorente. (1999). *Paternidad de Dios y paternidad en la familia*. Vaticano: Aceprensa.
- Polaino Lorente. (2010). *¿Hay algún hombre en casa?* Madrid: Desclée de Brouwer.
- Poli, O. (2012). *Corazón de padre*. Madrid: Palabra.
- Popcak, G. (2016). *Dioses rotos*. Madrid: Palabra.
- Recalcati, M. (2011). *Cosa resta del padre?* Milán: Xoroi Edicions.
- Ríos, J. (2012). *El padre en la dinámica personal del hijo*. Madrid: CCS.
- Ryan. (2001). On happiness an human potentials: a review o research on hedonic an eudamonic wll-being. *Annual Review of Psycology*, 52.
- Scucces, M. (2008). Algunas consideraciones acerca de la bilogía del trofoblasto en la mola hidatiforme. *Revista de Obstetricia y Ginecología de Venezuela*, v.68 n.2, Caracas., 2.
- Seligman, M. (2002). *Authentic Happiness: using the positive psychology to realize your potential for lasting fulfillment*. Nueva York: Atria Books.
- Silvester, T. (2018). *¡Crece!* London: Mensajero.
- Sullerot, M. (2008). Algunas consideraciones acerca de la biología del trofoblasto en la mola hidatiforme. *Revista de Obstetricia y Ginecología de venezuela* v.68, 2.
- Vidal, F. (2018). *La revolución del padre*. Bilbao: Mensajero.
- Wheeler, M. (2013). *Se feliz: tus genes te draán las gracias*. Los Ángeles: UCLA. Recuperado el 13 de agosto de 2021, de <https://newsroom.ucla.edu/releases/don-t-worry-be-happy-247644>